

Felipe de la Balze

Globalización y Desarrollo

CARI

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

**Artículo de opinión
Diciembre 2024**

Globalización y Desarrollo

Felipe de la Balze

Artículo de opinión

Diciembre 2024

Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales

**Artículo de opinión
Diciembre 2024**

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento del CARI.

Corrección: María Fernanda Rey
Diseño: Mario Modugno
Imagen de Freepik

CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales
Uruguay 1037, piso 1º, C1016ACA Buenos Aires, República Argentina
Teléfono: (+5411) 4811-0071 al 74 / Fax: (+5411) 4815-4742
Correo electrónico: direccioneditorial@cari.org.ar / Sitio web: www.cari.org.ar

Globalización y Desarrollo*

Felipe de la Balze**

1. Introducción

La intención de este texto es compartir algunas reflexiones sobre la situación internacional actual de la Argentina y sobre lo que está ocurriendo en el mundo en ebullición y atravesando grandes cambios, además de sugerir algunas ideas sobre qué tiene que hacer la Argentina o, más bien, qué es lo que puede hacer.

* Texto escrito en base a la conferencia titulada “Globalización y Desarrollo”, ofrecida dentro del marco del Congreso El Renacer de la Libertad, organizado por la Fundación Libertad y Progreso y el CATO Institute, de los Estados Unidos, en el Hotel Hilton el día 11 de junio de 2024.

** Académico, economista y empresario. Director del Grupo de Trabajo sobre la Inserción de la Argentina en el Mundo y miembro consejero del CARL. Máster en Public Affairs de la Universidad de Princeton. Miembro de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas y de la Academia Nacional de Ciencias de la Empresa. Ejerció como profesor en el ISEN, en FLACSO y en la Universidad Torcuato di Tella, entre otras, y ha publicado más de diez libros y numerosos artículos en revistas internacionales.

2. Actualidad argentina

En primer lugar, respecto a la situación de Argentina, es necesario mencionar algunos datos que, si bien podrán ilustrar una imagen pesimista, son importantes para comprender la situación actual en la que se encuentra nuestro país. Observemos cuatro datos importantes sobre la inserción de Argentina en el mundo.

En primer lugar, si tomamos el **coeficiente de apertura** —es decir, la suma del total de importaciones más exportaciones, dividido dos, dividido por el PBI—, obtenemos como resultado un 13 %. Es decir, nos encontramos entre los diez países más cerrados del mundo.

En segundo lugar, analicemos la **participación argentina en el comercio internacional**. En el año 1950 nuestra economía participaba del 2,5 % de la economía mundial en términos de comercio. En la actualidad, ese número es del 0,25 %, es decir, es diez veces menor. En otras palabras, la declinación ha sido no solamente muy grande, sino también duradera en el tiempo. Si bien es cierto que ha sucedido en forma gradual, el declive ha sido muy profundo.

En tercer lugar, si observamos el **patrón de comercio**, veremos que está sumamente concentrado en pocos productos, en pocos destinos y en muy pocas empresas. El 70 % de nuestras exportaciones son productos agrícolas o agroalimentarios. Si bien existen otras exportaciones distintas, en este punto radica lo fundamental. En cuanto al número de empresas, tan solo cuarenta grandes compañías explican el 66 % de nuestras exportaciones.

Este número no aparece en los últimos dos años, sino que es de los últimos treinta y cinco o cuarenta. Los números tampoco son positivos en términos de inversión extranjera directa. Normalmente, Argentina recibía inversiones extranjeras del orden del 2 % del PBI. Pero, en los últimos veinte años, esta cifra cayó al 0,5 %. Recibimos menos inversión extranjera directa que Perú, Chile y Colombia, entre muchos otros países.

Prácticamente la totalidad de la inversión directa que ha tenido lugar en los últimos años, salvo en el litio, las energías no renovables y algunas excepciones en la agricultura o en lo agroalimentario, ha tomado la forma de reinversión de utilidades.

El panorama, entonces, es muy negativo y viene de muy largo plazo. Ahora, ¿por qué ocurre esto? ¿Por qué estos números no causan sorpresa? La respuesta es sencilla: porque existen desde hace mucho tiempo.

Existen diferentes opiniones, comúnmente difundidas, ante esta circunstancia: que el mundo nos discrimina, que los empresarios argentinos son incapaces de exportar o que Argentina no tiene acuerdos comerciales internacionales relevantes y, dado que no podemos exportar con un acuerdo de libre comercio a Europa, los Estados Unidos o Japón, no podemos participar del comercio mundial. Sin embargo, la realidad es que todo esto no es cierto. Por un lado, el mundo discrimina a todos y, por el otro, si firmáramos acuerdos de libre comercio con los principales países del mundo hoy, la recién descrita situación actual de Argentina no cambiaría en lo fundamental.

¿Cuál es, entonces, el problema de fondo? Una mala macroeconomía, que no funciona.

La primera condición para poder insertarse en el mundo es que la economía funcione domésticamente. La inflación permanente, los déficits fiscales desorbitantes, el gasto público en exceso —que produce niveles de imposición muy altos—, los controles de cambio, las recurrentes crisis financieras y el incumplimiento de los contratos —tanto de la deuda externa como otros— han sido sumamente perjudiciales para nuestro país. Todo eso ha creado una “enfermedad argentina”, un malestar que ha hecho que esté prácticamente aislada del mundo, donde lo que hace y lo que tiene es muy poco, y no ha cambiado desde hace cuarenta años.

Entonces, ¿qué se puede hacer? Lo primero, evidentemente, es **ordenar la macroeconomía**. Es necesario un reordenamiento profundo de nuestra macroeconomía —hoy sin estabilidad y equilibrios fiscales—, que busque un menor gasto público, un Estado mejor organizado y un sistema monetario estable. Es decir, sin ninguna de estas reformas importantes que están hoy en discusión —además de una desregulación que elimine privilegios innecesarios—, las posibilidades de que Argentina se inserte en el mundo productivamente son nulas. La situación de nuestro país seguirá como hasta ahora, e irá empeorando gradualmente, como lo ha hecho en los últimos cuarenta años.

El segundo tema importante no es solamente reconocer el origen de nuestros males, que no está en la discriminación ni en la falta de acuerdos internacionales. Está, fundamentalmente, en la **inestabilidad de nuestras políticas macroeconómicas** y de nuestro sistema político y en la defectuosa organización económica.

3. La globalización

Ante esta situación, ¿qué debe hacer nuestro país? Lo principal es reconocer nuestros problemas y **ordenar la macroeconomía**, desregular la organización económica, llevar a cabo las reformas estructurales, hacer lo que ya estamos discutiendo y ver qué se quiere y se pretende hacer. Lo segundo es entender **a dónde va el mundo**. Y el mundo, en los últimos cinco o diez años, ha iniciado un proceso de cambios muy profundos.

En el proceso de globalización posterior a 1947, que representó un éxito tan fabuloso, pero donde hubo ganadores y perdedores, la Argentina fue, sin lugar a dudas, un perdedor. Otros países fueron ganadores, por ejemplo, Israel, Chile, Turquía, muchos países de Europa occidental, oriental y del Sudeste Asiático. Argentina fue un perdedor en este proceso. Pero ese mundo de la globalización posterior a 1947 —y, sobre todo, a la caída del muro de Berlín— se está derrumbando.

El mundo está cambiando muy profundamente como resultado de una nueva variable, que es la **geopolítica**. Esta está cruzando de manera adversa la globalización. Lo que era una globalización basada en la eficiencia económica, en la asignación de recursos en base al cálculo económico, está siendo muy afectada por la competencia geopolítica que se está dando en la actualidad entre China, los Estados Unidos y sus respectivos aliados.

Esta competencia se da en varias áreas, pero sobre todo en el campo económico. El Gobierno del expresidente estadounidense Donald Trump puso aranceles muy altos a las importaciones chinas. Se establecieron restricciones tecnológicas muy severas, que prohíben la exportación de nuevas tecno-

logías en semiconductores, telecomunicaciones y defensa, y se restringió el ingreso de compañías chinas en los Estados Unidos. En otras palabras, tanto en el campo del comercio como en el de la tecnología se están estableciendo barreras.

No obstante, lo sorprendente de los últimos diez años no es el surgimiento de China, sino el nacionalismo de los Estados Unidos. Esto es incluso mucho más impactante, porque eran “los dueños del circo”: fueron los que promovieron la globalización ocurrida en los últimos cuarenta o cincuenta años. Fue Estados Unidos quien lideró el proceso de globalización, pero ahora ha tomado el rumbo contrario. Ha decidido que las condiciones geopolíticas de rivalidad con China son suficientemente importantes como para tener que cambiar su *approach* económico y ha comenzado, en cierta forma, a imponer un clima nacionalista y proteccionista en muchas de las actividades de la economía mundial. Estas condiciones deben ser tenidas en cuenta si queremos que Argentina se integre al mundo.

Entonces, ¿qué es lo que ha sucedido en los Estados Unidos? Primero, Trump instaló **aranceles y restricciones** tecnológicas al comercio con China. Segundo, el presidente Biden endureció esas condiciones reforzando no solo los **aranceles**, sino también las restricciones a las **transferencias tecnológicas**. Además de eso, inició un gigantesco programa de desarrollo industrial. Los tres programas que los Estados Unidos han lanzado con Biden —el “Inflation Reduction Act”, el “CHIPS Act” y el “Infrastructure Act”—, que juntos suman casi un trillón de dólares, son programas de política de desarrollo industrial, completamente contradictorios con las reglas de la OMC y los acuerdos multilaterales de los últimos 70 años.

En otras palabras, hemos entrado en un mundo en el cual los principales jugadores —sobre todo, los Estados Unidos, pero también Europa y China (que siempre fue una potencia mercantilista)— están jugando un juego muy diferente al que practicaron durante los últimos cuarenta años. Y eso, evidentemente, tiene consecuencias muy importantes para nuestro país, ya que nosotros queremos abrirnos, integrarnos al mundo y dejar atrás lo recién mencionado respecto al cierre de la economía argentina.

Pero tendremos que hacer esto en un contexto político, tecnológico, económico y comercial muy diferente al que existió en los últimos sesenta años. Aquello que no pudimos hacer cuando las condiciones lo facilitaban deberemos hacerlo ahora, cuando el contexto lo dificulta. Esto no necesariamente es malo, y un ejemplo de esto es el siglo XIX argentino.

4. La inserción argentina en el mundo

El gran éxito de Argentina entre 1850 y 1930 se dio en un mundo en el cual no existía ni el GATT, ni la OMC, ni el Banco Mundial, ni el Fondo Monetario Internacional. En cambio, existían la zona de la libra esterlina y la del franco; los alemanes tenían su propia zona de influencia en el centro de Europa, y los norteamericanos, en el Caribe y en Centroamérica. Eran las llamadas “esferas de influencia”, que es exactamente lo que está pasando ahora. Y, a pesar de este contexto internacional, Argentina encontró el ángulo y la forma de desarrollar y sacarle provecho a la globalización, exportando y atrayendo inversiones e inmigrantes con un éxito formidable.

Ahora, ¿cómo lo logró nuestro país? Primero, teníamos **políticas macroeconómicas** relativamente razonables. Actualmente, la falta de estas políticas es el primer problema que ya mencioné, que nos ha postrado durante los últimos sesenta años. Sin políticas macroeconómicas razonables, las posibilidades de insertarse en el mundo son mínimas.

Entonces, asumamos por un momento que tenemos éxito y logramos restablecer un orden macroeconómico sustentable y duradero, desregulando y reformando la economía, devolviéndole el dinamismo y una capacidad de inversión al sector privado, suponiendo que seamos capaces de conseguir estos cambios a través de las reformas que se están implementando, esperemos, con éxito. Incluso en ese escenario, nos encontramos con un mundo muy diferente al de los últimos setenta años en el campo internacional. ¿Qué va a hacer Argentina y cómo? ¿Actuará de la misma forma que en el siglo XIX?

Es importante destacar que, en el siglo XIX, Argentina firmó más de veinte **acuerdos bilaterales**. El primero fue con Gran Bretaña en 1822. El segundo fue con los Estados Unidos en 1823. Luego se suscribieron otros acuerdos, con Dinamarca, Suiza, Japón y el Estado prusiano, entre otros.

Para 1870, Argentina ya había firmado veinte acuerdos bilaterales, tratados que llevaban el nombre de “Acuerdos de Navegación, de Amistad y de Comercio”. Fundamentalmente, fijaban las condiciones de comercio, amistad, inversión y movimiento de personas, entre otros asuntos. Estos acuerdos solo tenían dos partes: el firmante por un lado y nuestro país por el otro. Y, además, incluían dos cláusulas muy importantes: el trato nacional y la cláusula de la nación más favorecida.

¿Qué era el trato nacional? Por un lado, significaba que si, por ejemplo, firmábamos un acuerdo con los dinamarqueses y tres años antes habíamos firmado un acuerdo con los holandeses, les ofrecíamos primero a los dinamarqueses la posibilidad de que sus compañías y las personas que vinieran a instalarse o a invertir a la Argentina tuvieran el mismo trato que los argentinos. Por otro lado, la cláusula de la nación más favorecida implicaba que le asegurábamos a Dinamarca que lo que le habíamos dado a Holanda —o a cualquier otro país con el que hubiéramos firmado un tratado— se lo extendíamos a ellos también.

Esa fue la base del éxito argentino entre los años 1850 y 1930. Y ocurrió sin instituciones multilaterales, con un mundo de esferas de influencia, de conflictos geopolíticos de primera magnitud, atravesando una guerra mundial, entre otras dificultades. En otras palabras, si bien el panorama mundial era mucho más negativo en aquella época, fuimos capaces de identificar los productos en los cuales teníamos ventajas, la necesidad de negociar y de abrirnos, y de participar de la economía mundial. No como lo imaginábamos, sino como era.

Al volver a la actualidad, **¿qué debería hacer Argentina en el corto plazo?** Evidentemente, una de las cuestiones es facilitar que, a los sectores que tienen un gran potencial de crecimiento comercial, económico y de inversión —como la agricultura, las industrias alimentarias, la minería o el sector energético—, se les facilite el camino para poder avanzar. Y para que, así, el sector privado pueda invertir sin restricciones o, por lo menos, con la menor cantidad de restricciones posibles para que puedan crecer. Habiendo hecho eso —y habiendo primero

asegurado una macroeconomía sólida, estable y duradera—, van a surgir muchos otros sectores dinámicos.

Los empresarios argentinos, sin dudas, van a encontrar muchas otras cosas para exportar, importar e invertir. A la vez que muchas personas y compañías en el mundo se van a interesar en la Argentina si les ofrecemos un marco adecuado para su inversión y su actividad. En ese sentido, por más que el mundo esté cambiando en una dirección que no es la más favorable para nuestros intereses, esto no debe ser motivo de preocupación ni se debe considerar que no tenemos una gran posibilidad si decidimos abrirnos al mundo y participar de él.

La primera condición es que nos adaptemos en términos de la política macroeconómica interna, de las **reformas de regulación y de privatización**. En segundo lugar, es necesario otorgarle un **rol privilegiado al sector privado**. Tercero, se debe reconocer que el mundo va a ser diferente, que las negociaciones también van a existir, y que no van a existir grandes acuerdos de libre comercio, sino **acuerdos bilaterales** sobre el litio, el cobre, la seguridad alimentaria con los países que tienen inseguridad alimentaria, entre otros. Argentina tendrá una multitud de acuerdos sectoriales y bilaterales que permitirán abrir nuestra economía y participar de la economía mundial.

5. El Mercosur

Otro tema que queda pendiente de abordar es el del Mercosur. Este bloque tiene dos características. Primero, el comercio intra-Mercosur —como porcentaje del comercio de los cuatro países miembros— es muy **modesto**: representa sola-

mente el 15 % del comercio total. El equivalente en el NAFTA es del 37 %, y en la Unión Europea, del 63 %. La segunda característica es que Brasil y Argentina han sido muy **protectionistas**, tienen una serie de limitaciones muy importantes con respecto al comportamiento internacional. Brasil no ha estado dispuesto (y Argentina lo ha seguido) a realizar negociaciones internacionales que permitieran abrir la economía y negociar con otros países. Entonces, el Mercosur, como plataforma de negociación, ha sido prácticamente inútil.

El comercio intrarregional ha sido muy limitado y tiene que modificarse. ¿Qué configuración puede tomar esta posible reforma? Existen dos caminos posibles. Uno es la propuesta del exministro de economía de Brasil Paulo Guedes y del expresidente brasileño Jair Bolsonaro. En líneas generales, su propuesta significaba lo siguiente: bajar un 50 % los aranceles del Mercosur (que son bastante altos, en algunos sectores, llegan hasta el 35 %), reducir las barreras no arancelarias entre los países del bloque y salir a negociar agresivamente en el plano internacional. Esa propuesta, realizada hace tres años y medio, fue rechazada por Argentina y no se pudo instrumentar. Los aranceles bajaron solamente un 10 %. En un producto particular, pasaron del 30 % al 27 %, lo cual tuvo un impacto menor. El segundo camino posible es transformar al Mercosur en una zona de libre comercio, como lo ha propuesto Uruguay durante los últimos cinco años. En otras palabras, recuperar la soberanía nacional en el manejo de la política comercial. Esto significa intentar que el Mercosur aumente su comercio interno reduciendo las barreras no arancelarias y promoviendo la integración, entre otras medidas posibles. Pero, a la vez, permitiéndole a cada uno de los países miembros que negocie internacionalmente los acuerdos que quiera

y pueda respecto a la apertura comercial a escala mundial. Este segundo camino es el más seguro y recomendable, ya que es poco probable que Brasil, bajo la administración del presidente Lula da Silva y de su equipo económico, tenga otra pretensión que mantener un alto grado de proteccionismo en la economía brasileña.

Conclusiones

En este texto se ha cubierto sucintamente el territorio actual en el que se encuentra Argentina. Se han destacado los problemas que tenemos y los motivos por los cuales hemos cambiado tan poco en los últimos cuarenta años desde una perspectiva histórica. También se intentó responder a dos grandes interrogantes: qué es lo que nos pasa como país, por un lado, y a dónde está yendo el mundo y qué debemos hacer, por el otro.

Algunas posibles respuestas a estas preguntas se plantearon en el texto, intentando definir un rumbo razonable y realizable para el país en el contexto de profundas reformas económicas que está atravesando, en aras de lograr una exitosa inserción en el mundo bajo el nuevo esquema de globalización existente.



CARI

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES